

sufrir durante muchos años con la aquiescencia del llamado "mundo occidental" y sus valores, estos últimos manejables en función de la ganancia y la venta. El que ahora se haya producido un rechazo a esos "valores" y a la injerencia (con fines lucrativos y neocolonialistas, no se olvide) de ese "mundo occidental", cuya cabeza representativa son los Estados Unidos, no debería sorprender a nadie, sino, acaso, debería contribuir a aceptar la cura de humildad que supone el rechazo de unas creencias (la mayoría de las veces hipócritas) que se intentan imponer con soberbia a una serie de países a los que se sigue explotando para



El Ejército del Sha, frente a los estudiantes, en la Universidad de Teherán.

HIC ET NUNC

Las glorias nacionales

EN este país nuestro —surgido y alimentado de mitos— ni siquiera en los peores momentos hemos carecido de glorias nacionales, de semidioses idolatrados por toda la vacuidad nacional, de seres con derecho a hacer y deshacer, a postular de todo y a dogmatizar sobre todo. Tan curiosa fauna, tristemente reconocida como hispánica, tiene su más recóndita etiología en nuestra desmesurada afición al mito y en nuestra conocida incapacidad crítica.

Esas glorias nacionales, tan nuestras, tan queridas y obsequiadas, han sido generalmente desconocidas más allá de nuestras recortadas fronteras, pero son admiradas aquí por quienes ejercitan equilibrios intelectuales que se amparan en la absoluta falta de rigor que los caracteriza críticamente cuando se postran de rodillas ante un producto nacional "íntegro". Nuestras glorias nacionales, por otro lado, se dedican a inflar de nada la inexistente grandeza patria y a añorar a nuestras —también inexistentes— pretéritas glorias, de las que ellos son actuales sombras danzantes, contribuyendo con esto a aumentar aquel inadecuado rigor crítico y, de paso, mantenerse así en el falso pedestal en el que las ha colocado la voluntad nacional. Tales glorias son diariamente citadas en negrita, aunque no haya al caso, en todos los medios de información aspirantes a tales altares. O —como variante del truco— por los celosos conservadores de tan excelsa estirpe. Igualmente, las glorias dejan ver su rostro divinizado en todas las actos sociales —también nacionales—, donde la vanidad llega a tener su cubil máspreciado y donde igualmente el necio orgullo patriótico puede encontrar su más excelente caldo de cultivo.

Jamás nadarán esas glorias tan nuestras frente a contra la corriente "nacional", manteniéndose al margen de toda conciencia susceptible de conflicto: es su manera de alabar el bajo sentimiento hispano de la vacuidad histórica. Lo terrible es sentir la necesidad de contar con nuestras correspondientes glorias nacionales y considerar un detalle de muy mal gusto (incluso delito antipatriótico) todo intento de rigurosa crítica a estos envidiados personajes. Se teme que, al rebajarlos a sus justos y ponderados límites, se rebaje también la grandeza patria, a la que se sienten perenne y eternamente unidos.

Para este caso concreto, Araquistáin nos recuerda que los españoles que intentamos ver a España con ojos de realidad, crudamente y sin fantasmagorías ni olim-

pos artificiales —más o menos históricos— han sido siempre detestados. Así se condenaron los libros de Baroja. Por las mismas razones, nuestra increíble tentación de mezquindad evitó que Galdós fuera Nobel, en una de las escaramuzas de mayor baja moral que testimonia nuestra última historia.

Porque trate usted, por ejemplo, de oponerse a la corriente general a elegir a Alberti para manifestarse críticamente sobre él. Resentido es el eufemismo con el que usted será al instante obsequiado. Inténtelo ahora con Madariaga: "Ya quisiera usted ser una brisa de lo que él representa", le espetarán los que, cómodamente instalados en la butaca establecida, observan con delirio de grandeza la vacuidad nacional.

No existen en nuestro país términos medios y la medida brilla por su ausencia. Pasamos de la grosería insolente para el que no comulga con nuestras ruedas de molino a la cerril adulación de nuestros correligionarios. Es la traducción de un maniqueo deseo: participar, aunque en modesta medida, de la gloria nacional de nuestras glorias nacionales. "¡Qué bien hemos estado esta tarde!", exclamaba un aficionado tras la faena de "El Guerra".

Por lo mismo, basta que alguien se interrogue por la existencia real de la crítica —sólo para oponerla al mito— para que todas las ranas de nuestra charca político-cultural entonces su entristecido croar. Se sienten traicionados. Pero no es sólo que no hay crítica entre nosotros, sino que tampoco contamos con público: las reputaciones se construyen personal, gremial, políticamente, por los "incontestables" que manejan nuestra raquítica e histórica industria nacional. "¡Bastaría más —vocifera el canchero de nuestras glorias nacionales— que ese tipejo pueda ponerle un tilde al maestro Aranguren! Pero, ¿dónde vamos a llegar?"

Y nadie crea que es exclusivo patrimonio de un determinado grupo la creación, conservación y engrandecimiento de nuestras evanescentes glorias nacionales. Todos necesitamos de su transverberación. Participamos en su cultivo —libremente— como una herencia común: la única libertad que no necesitará la protección del Defensor del Pueblo. De ahí que, perdiendo con tristeza lo que Manuel Machado afirmaba del Ateneo madrileño, podamos confirmar cotidianamente que este país, donde tan altas cosas se han dicho, resulta un lugar apropiado para que toda necedad encuentre su más cómodo aposento... ■ JOSE ESTEBAN.

asegurar el suministro de materias primas que permita, a una reducida parte de la población del planeta, vivir confortablemente a costa de la miseria de los más.

El libro de Graham sobre Irán es un modelo de periodismo de la mejor escuela, y podría servir de lectura obligada en cualquier Facultad de Periodismo. Del análisis económico se llega a la conclusión política a través de la acumulación de hechos y datos, todos ellos contrastados y con mención expresa de fuentes.

El autor estuvo algo más de dos años (1975-1977) en Teherán, de corresponsal para Oriente Medio del "Financial Times" de Londres, y aprovechó bien su tiempo. Casi todo lo que se puede decir de las causas que derrocaron a la dinastía Pahlévi, y trajeron la revolución islámica, puede encontrarse en este gran reportaje periodístico, escrito con la amenidad, el desapasionamiento formal y la exactitud implacable que distinguen al periodismo de altura británico.

En sus páginas, y con economía de adjetivos, Graham va exponiendo cómo la "Gran Civilización", prometida por el Shahanshab Reza Pahlévi, demostró ser una engañifa, y el país —que sólo recibía algunas migajas de los beneficios del petróleo— siguió siendo regido como si se tratara de una gigantesca finca, de la que se podrían sacar beneficios ilimitados e incontrolados por los siglos de los siglos. La inflación, la corrupción, el derroche, la falta de mano de obra cualificada y la tiranía dieron al traste con los vanidosos sueños imperiales.

Otra de las advertencias contenidas en el libro es que el subdesarrollo no se elimina con la simple inyección de dólares en el sector público y las compras aceleradas de mercancías en el exterior. El subdesarrollo es, fundamentalmente, una actitud mental y un problema de infraestructura no sólo económica, sino social y cultural. Para superarlo hace falta mucho más que la simple adquisición, a cualquier precio, de una serie de máquinas, vehículos o armas, inútiles en sí mismos si no se sabe cómo y para qué han de ser utilizados. La venganza del pueblo iraní fue convertir toda esa chatarra en una pira donde se quemó una monarquía inepta y corrupta. ■ F. MARTINEZ LAINEZ.